le fué forzoso á Diana declararse, y ellos quedaron corridos. Lo cierto es que entre las mercedes que pidió á su majestad por los servicios de la India y su pacificacion, fué el perdon de Celio, y luego que le hiciese cumplir la palabra que le habia dado de casarse con ella, de que el Rey y todos sus caballeros quedaron admirados, y Celio, conociendo que el gobernador era su hermosa mujer, que tantas lágrimas y desventuras le habia costado. Grandes fueron las mercedes que el Rey les hizo, y grandes las fiestas que se hicieron á sus casamientos, y no menor el contento de ver su hijo, por quien enviaron luego personas de confianza. Trájole la pastora en hábito de grosero zagal, pero con linda cara y melena hasta los hombros. El contento destos amantes, cuando descansaron en los brazos de tantas fortunas, vuestra merced, con su grande entendimiento, lo figure, pues ya su imaginacion se habrá adelantado á exagerársele; y que yo me parto á Toledo á pedir albricias á Lisena y Octavio de que ya hicieron fin las fortunas de la hermosa Diana y el firme Celio.

EL DESDICHADO POR LA HONRA.

Pienso que me ha de suceder con vuestra merced lo que suele á los que prestan, que pidiendo poco y volviendo luégo, piden mayor cantidad para no pagarlo. Mandóme vuestra merced escribir una novela: enviéle *Las fortunas de Diana;* volvióme tales agradecimientos, que luégo presumí que queria engañarme en mayor cantidad, y háme salido tan cierto el pensamiento, que me manda escribir un libro dellas, como si yo pudiese medir mis ocupaciones con su obediencia. Pero, ya que lo intento, si no en todo, en alguna parte, voy con miedo de que vuestra merced no ha de pagarme, y en esta desconfianza y fuerza que hago á mi inclinacion, que halla mayor deleite en mayores estudios, aparece como la luz que guiaba á Leandro la llama resplandeciente de mi sacrificio, así opuesta al imposible como á las objeciones de tantos, á que está respondido con que es muy propio á los mayores años referir ejemplos, y de las cosas que han visto contar algunas; verdad que se hallará en *Homero*, griego, y en

Virgilio, latino, bastantes á mi crédito, por ser los príncipes de las dos mejores lenguas; que de la santa no se pudieran traer pocos, si mi propósito fuera disculparme. Confieso á vuestra merced ingénuamente que hallo nueva la lengua de tiempos á esta parte, que no me atrevo á decir aumentada ni enriquecida; y tan embarazado con no saberla, que por no caer en la vergüenza de decir que no la sé para aprenderla, creo que me ha de suceder lo que á un labrador de muchos años, á quien dijo el cura de su lugar que no le absolveria una Cuaresma, porque se le habia olvidado el credo, si no se le traia de memoria. El viejo, que entre los rústicos hábitos tenia por huésped desde el principio de su vida una generosa vergüenza, valióse de la industria por no decir á nadie que se le enseñase, que á la cuenta tampoco sabia leerle. Vivia un maestro de niños dos casas más arriba de la suya, sentábase á la puerta mañana y tarde, y al salir de la escuela decia con una moneda en las manos: «Niños, ésta tiene quien mejor dijere el credo.» Recitábale cada uno de por sí, y él le oia tantas veces, que ganando opinion de buen cristiano, salió con aprender lo que no sabia. Paréceme que vuestra merced se promete con esta prevencion la bajeza del estilo y la copia de cosas fuera de propósito, que le esperan; pues hágala á su paciencia desde ahora, que en este género de escritura ha de haber una oficina de

cuanto se viniere á la pluma, sin disgusto de los oidos, aunque lo sea de los preceptos; porque, ya de cosas altas, ya de humildes, ya de episodios y paréntesis, ya de historias, ya de fábulas, ya de reprehensiones y ejemplos, ya de versos y lugares de autores, pienso valerme, para que ni sea tan grave el estilo que canse á los que no saben, ni tan desnudo de algun arte que le remitan al polvo los que entienden. Demás, que yo he pensado que tienen las novelas los mismos preceptos que las comedias, cuyo fin es haber dado su autor contento y gusto al pueblo, aunque se ahorque el arte; y esto, aunque vá dicho al descuido, fué opinion de Aristóteles; y por si vuestra merced no supiere quién es este hombre, desde hoy quede advertida de que no supo latin, porque habló en la lengua que le enseñaron sus padres, y pienso que era en Grecia; con este advertimiento, que á manera de proemio introduce la primera fábula, verá vuestra merced el valor de un hombre de nuestra patria, tan necio por su honra, que si lo fuera el fin como el principio, la lástima le cubriera de olvido y la pluma de silencio.

En una villa insigne del arzobispado de Toledo, con todas sus circunstancias de grave, hasta tener voto en Córtes, se crió un mancebo de gentil disposicion y talle y no ménos virtuosas costumbres y entendimiento. Enviáronle sus padres en sus tiernos años á estudiar á la famosa Academia

que fundó el valeroso conquistador de Orán, fray Francisco Jimenez de Cisneros, cardenal de España, persona que peleaba y escribia, era severo y humilde y que dejó de sí tantas memorias, que áun siendo este lugar tan ínfimo, no se pasó sin ella. Habiendo oido Felisardo, que así se ha de llamar este mancebo, y como si dijésemos el héroe de la novela, algunos años la facultad de cánones, mudó intento por algunos respetos, y viniendo á la corte de Felipe III, llamado el Bueno, aplicóse á servir en la casa de un grande los más conocidos destos reinos, así por su ilustrísima sangre como por la autoridad de su persona. Era la de Felisardo tan buena, sus partes y costumbres tan amables, porque, después de ser muy valiente por sus manos, era de singular modestia por su lengua, que se llevó los ojos deste príncipe y las voluntades de los amigos que le trataban, de los cuales tuvo muchos, y yo participé de su conversacion y compañía algunas horas. Mal he hecho en confesar que escribo historia de tiempos presentes, que dicen que es peligro notable; porque en habiendo quien conozca alguno de los contenidos, ha de ser el autor vituperado, por buena intencion que tenga; pues no hay ninguno que no quiera ser, por nacimiento godo, por entendimiento Platon y por valentía el conde Fernan-Gonzalez; de suerte que, habiendo yo escrito *El asalto de Mastrique*, dió el autor que representaba

esta comedia el papel de un alférez á un representante de ruin persona, y saliendo yo de oirla, me apartó un hidalgo, y dijo muy descolorido que no habia sido buen término de dar aquel papel á hombre de malas facciones y que parecia cobarde, siendo su hermano muy valiente y gentil-hombre; que se mudase el papel, ó que me esperaria en lo alto del Prado desde las dos de la tarde hasta las nueve de la noche. Yo, que no he tenido deudo con los hijos de Arias Gonzalo, consolé al referido D. Diego Ordoñez, y dando el papel á otro, le dije que hiciese muchas demostracionrs de bravo, con que el hidalgo, que lo era tanto, me envió un presente. Aquí no correrá este peligro con Felisardo, porque irá su desdicha á solas, sin comprehender participantes cuando la historia fuera sangrienta. Finalmente, señora Marcia, deseos de aumentar honor y ver la hermosa Italia llevaron este mancebo á uno de los reinos que su majestad tiene en ella, en servicio de un príncipe que habia de gobernarle, como lo hizo felicísimamente. En habiendo este señor comunicado á Felisardo, puso en él los ojos, honrándole y favoreciéndole, sin envidia de los demás criados, que parece imposible; y yo no hallo en el servir, con ser vida tan miserable, cosa tan áspera como este infalible aforismo: «Si el señor os ama, los criados os aborrecen.» De que se sigue lo contrario, pues para que ellos os quieran, el

señor os ha de tener en poco; mas la virtud de Felisardo, lo apacible comunicado, lo deseoso de hacer á todos gusto, y el hablar bien al dueño en ausencia y solicitar que se le hiciese á todos, venció con novedad de suceso la bárbara naturaleza del servicio. Gastaba algunos ratos Felisardo en escribir versos á una señora de aquella ciudad, no ménos hermosa que discreta, á quien se habia inclinado, y ella, por su gentil disposicion, admitia en los ojos las veces que con los suyos solicitaba este favor desde la calle. No le será difícil á vuestra merced creer que era poeta este mancebo en este fertilísimo siglo deste género de legumbres, que ya dicen que los pronósticos y almanaques ponen entre garbanzos, lentejas, cebada, trigo y espárragos, habrá tales y tales poetas. Dejemos de disputar si era culto, si puede ó no puede sufrir esta gramática nuestra lengua; que ni vuestra merced es de las que madrugan las Cuaresmas al sermon discreto, ni yo de los que se rinden en esta materia por parecerlo, juzgando lo que desean entender por entendido, y remitiendo al que lo escribió la inteligencia y la defensa. Pienso que está vuestra merced diciendo: «Si quereis decirme algun soneto en cabeza deste hombre, ¿para qué me quebrais la mia?» Pues vaya de soneto:

«Quien se pudo alabar después de veros,
Si puede ser que se libró de amaros,

Ni mereció quereros ni miraros,
Pues que pudo miraros sin quereros.
Yo, que lo merecí sin mereceros,
Mil almas, cuando os ví, quisiera daros,
Si lo que me ha costado el desearos,
A cuenta recibís del ofenderos.
Mándame amor que espere, y yo le creo,
Por lo que dicen que esperando alcanza,
Aunque tan alta la esperanza veo.
Pero si os ha ofendido mi esperanza,
Dejadle la venganza á mi deseo,
Y no querais de mí mayor venganza.»

Con un criado tuvo lugar Felisardo de enviar este soneto á la señora Silvia, dama verdaderamente en quien concurrian todas las partes que hacen una mujer perfecta en sus primeros años. Apetecia este mancebo en ella lo que no tenia, porque Silvia era rubia y blanca, y él no del todo moreno y barbinegro, pero de suerte, que parecia español desde el principio de una calle. Con esta gala de escribir en verso, licencia que no se niega, y libertad con que se dice más de lo que se siente, continuaba Felisardo su voluntad, y Silvia le correspondia, disimulando por su calidad lo que no hubiera hecho sin ella; así la tenian obligada los servicios personales deste mancebo y las fuerzas de amanecer en su calle, que ya ella, aunque con algun recato, se levantaba á verle. Por no impedir el curso deste amor hemos llegado aquí, sin tomar en la boca á Alejan-

dro, caballero insigne desta ciudad, que voy encubriendo, y notablemente rendido á la hermosura desta dama. Parecíale al referido que, pues Silvia no le amaba, no habria en el mundo quien le mereciese; con que llegó el descuido á no reparar en Felisardo, hasta que le halló más veces que él quisiera, asida la mano á una reja baja de su casa, y le pareció que en la nueva manera de conversacion le favorecia. No le agradó asimismo á Felisardo el cuidado de Alejandro, porque no le faltaban á este caballero méritos, si bien blancos y rubios, que por ser comunes en aquella tierra no eran tan vistos. Con esto dieron entrambos en no dejar las noches desierta la campaña, guardando cada uno su puesto y enviando centinelas perdidas. Sintió Alejandro que estaba en mejor lugar Felisardo, y dándole á los celos, como el verdadero amor nunca tuvo término en el amar, que así lo sintió Propercio, llegó á ser descompostura en su autoridad y modestia, y más declarado que solia, habiendo conducido una noche con varios instrumentos excelentes músicos, quiso que á sus mismas rejas dos voces de las mejores la cantasen así:

«Deseos de un imposible
Me han traido á tiempos tales,
Que no teniendo remedio,
Solicitan remediarme.
Dando voy pasos perdidos

Por tierra que toda es aire,
Que sigo mi pensamiento,
Y no es posible alcanzarle.
Desengáñanme los tiempos,
Y pídoles que me engañen,
Que es tan alto el bien que adoro,
Que es menor mal que me maten.
¡Ay Dios, qué loco amor, mas tan suave,
Que me disculpa quien la causa sabe!
Busco un fin que no le tiene,
Y con saber, que en buscarle
Pierdo pasos y deseos,
No es posible que me canse.
Vivo en mis males alegre,
Y con ser tantos mis males,
La mayor pena que tengo,
Es que las penas me falten.
Contento estoy de estar triste,
No hay peligro que me espante,
Que, como sigo imposibles,
Todo me parece fácil.
¡Ay Dios, qué loco amor, mas tan suave,
Que me disculpa quien la causa sabe!
Hermoso dueño deseo,
Y es tanto bien desearle,
Que ver que no le merezco
Tengo por premio bastante.
Tanto le estimo, que creo
Que pudiendo darle alcance,
Si su valor fuera ménos,
Me pesara de alcanzarle.
Para su belleza quiero
La gloria de lo que vale,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Y para mí, siendo suyas,
Tristezas y soledades.
¡Ay Dios, qué loco amor, mas tan suave,
Que me disculpa quien la causa sabe!»

No dormia en este tiempo Felisardo, que con cuidadosos pasos habia reconocido el dueño de aquellos pensamientos y de la música, haciéndole más celos el estar tan bien escritos que el haber tenido atrevimiento para cantarlos. Desagradó á Alejandro sumamente la bachillería de los piés de Felisardo, que más curiosos de lo que fuera justo traian al dueño; y determinado á saber quién era, aunque ya la gentileza bastantemente lo publicaba, le dió dos giros, pienso que en español se llaman vueltas; perdone vuestra merced la voz, que pasa esta novela en Italia. Felisardo, que no era bien acondicionado en materia de la honra, cosa que solamente le hacia soberbio, declaróse á manera de enfadarse, y diciéndole que era descortesía, respondió Alejandro: *Io non sono discortese; voi si, que havete per due volte fatto sentir al mondo la bravura de li vostri mostachi.* Creo que aquí vuestra merced me maldice, pues para decir: «Yo no soy descortés, vos sí, que por dos veces habeis hecho sentir al mundo la braveza de vuestros bigotes,» no habia necesidad de hablar tan bajamente la lengua toscana. Pues no tiene razon vuestra merced; que esta lengua es muy dulce y copiosa y dig-

na de toda estimacion, y á muchos españoles ha sido muy importante, porque no sabiendo latin bastantemente, copian y trasladan de la lengua italiana lo que se les antoja, y luégo dicen: «Traducido de latin en castellano;» pero yo le doy palabra á vuestra merced de que pocas veces me suceda, sino es que se me olvida, porque soy flaco de memoria. Si vuestra merced tiene en la suya la ocasion en que se amohinaron estos dos amantes, haya de saber que Felisardo no llevó á bien que le hablase en la braveza ni en el cuidado de los bigotes, que aunque no habia los estantales que les ponen ahora, ya de cuero de ámbar, ya de lo que solia ser fealdad, y ahora, ó los hace más gruesos ó los sustenta, que se llama en la botica: *Vigotorum-duplicatio;* como si dijésemos por donaire á un gordo, tiene dos barbas; no los traia con descuido, y porque se levantaban con sólo el cuidado de las manos, los llamaba los obedientes; y retirándose un poco, principio de quien quiere acercarse, le dijo la voz más alta, que nunca tuvo el enojo hijos pequeños de cuerpo: «Caballero, yo soy español y criado del Virey; truje estos bigotes de España, no para espantar cobardes, sinó para adorno de mi persona; la música lleva de las orejas este sentido.» Replicó Alejandro: «Desde léjos la pudiera oir quien las tiene tan largas, que por lo que oye, juzga que los que no conoce son cobardes; que hay hombre aquí

que se las cortará de dos cuchilladas y las clavará á los instrumentos para que los oigan más cerca.» A tan descompuestas palabras respondió Felisardo: «La espada es la respuesta;» y sacándola con gentil aire, y un broquel de la cinta le hizo conocer que no descendia de la compostura de los bigotes. Todos los músicos huyeron, que es gente á quien embarazan los instrumentos por la mayor parte, que no se entiende en todos, y yo he conocido músico que traia tambien las manos en la espada como en las cuerdas; pero en fin, tienen disculpa con que van á guardar los instrumentos, que aventurar aquello con que se gana de comer es extrema ignorancia; demás de que quien canta está sin cólera, y no le trajeron á reñir, sinó á hacer pasos de garganta, y el huir tambien es pasos, y se pueden hacer con los piés á una necesidad, como se vé en los que bailan, que no carecen los piés de armonía y música; que por eso la llaman compás, que es todo el fundamento de la música. Esto es guardar el decoro á los señores músicos que cantan en nuestra lengua, porque no son poco de temer enojados, pues con sólo venir á cantar mal á la calle de quien los hubiese ofendido, pueden matar un hombre como una pieza de artillería. Los criados de Alejandro hicieron rostro, riñeron cuatro con uno; si eran valientes, no lo disputemos; oigamos á Carranza, que dice en su libro de la *Filosofía de la espada:*

«Hay hombres de tan bajos ánimos, que no hace mucho uno solo en aventajarse á muchos.» Y prosigue más adelante: «Cuando un hombre solo riñe con otro, se puede decir que riñe, pero si con dos ó tres, ellos riñen con él, y él sólo se defiende.» Y prosiguiendo esta materia, dá la razon en que cuatro movimientos constituyen cuatro heridas, y que han de dar en cuatro lugares indeterminados, y que el objeto no podrá resistir á cuatro, pues á dos no pudo Hércules, como lo dice el adagio latino. Cumpliendo voy lo que dije, cansando á vuestra merced con cosas tan fuera de propósito, ya que lo sean del mio; pero ¿por qué no tengo yo de pensar que vuestra merced es belicosa, y que si se hallara al lado de Felisardo, por haber nacido tan cerca de su patria, estar en la extranjera, enamorado y con buen talle, no se holgara de ayudarle, auuque fuera con voces? Las de la cuestion fueron tantas, que acudiendo la justicias, se libró Felisardo de aquel peligro, que el vulgo amenaza á los españoles en toda Europa; en lo demás no salió herido, y lo quedó Alejandro y dos criados suyos. Llevóle la justicia al Virey, que no estaba acostado por que era noche de ordinario á España; mostró indignacion á Felisardo, y al alguacil ó capitan, como allá se llama, mucho agradecimiento de su cuidado; mandóle poner grillos y una cadena en su aposento, y en estando solos bajó á hacérselos quitar, y dándole

los brazos y una cadena, de las que llaman banda, de peso de cincuenta y cinco escudos (que soy tan puntual novelador, áun he querido que no le quede á vuestra merced este escrúpulo de lo que pesaba), le dijo que le contase todo el suceso. Oyóle el Príncipe con mucho gusto, y habiendo convalecido Alejandro, le hizo llamar, y llevándole al aposento de Felisardo, á quien para este efecto mandó poner la cadena y grillos, le dijo que mirase la pena que queria darle, que aunque fuese destierro á España, le enviaria luégo. Alejandro, que entendió que el Príncipe le obligaba por aquel camino á perdonarle, que de no hacerlo caeria en la desgracia de entrambos, escogió como discreto, y dió los brazos á Felisardo, que por estar herido su contrario habia visto y hablado á Silvia todas las noches, que desde la bizarría de la pendencia estaba más rendida. Creció el amor, cultivado de la vista y de las privaciones de la ejecucion de los deseos en conversaciones largas, que tantas honras han destruido y tantas casas han abrasado. Llegaron las palabras á darse con juramento de matrimonio, en dando el Virey á Felisardo algun grave oficio, que para la calidad de Silvia era necesario; y como amor es mercader que fia, aunque después nunca se pague, que esto tiene de señor, cuando ama, que no hay cosa que le den en confianza, que no reciba, ni alguna que después, si no es por justicia, pague;

permitió que Felisardo llegase á los brazos, hasta allí tan cuidadosamente defendidos, de que resultó poder encubrir mal lo que ántes desta determinacion estuvo tan encubierto. No se puede encarecer con qué comun alegría celebraban sus vistas los amantes, en su imaginacion esposos, y cómo revalidaba Felisardo el juramento, y Silvia le creia; que como cada uno se ama á sí mismo, por opinion del filósofo, aunque tema, dá crédito, por entretener su gusto; que nádie quiso tanto al otro, que no se quisiese más á sí mismo. Y así, cuando vuestra merced oiga decir á alguno, cosa que no le puede suceder, que la quiere más que á sí, dígale que Aristóteles no lo sintió desa suerte; y que á vuestra merced le consta que este filósofo era más hombre de bien que Plinio, y que trataba más verdad en sus cosas. Notable es la fortuna con los mercaderes, terrible con los privados, cruel con los navegantes, desatinada con los jugadores, pero con los amantes notable, terrible, cruel y desatinada. En medio desta paz, desta union, deste amor, desta esperanza y desta agradable posesion, se dividieron por el más extraño suceso que se ha visto en fortuna de hombre, ni ha cabido en humano entendimiento, pues sin dar disculpa ni ocasion á Silvia, pidió licencia al Virey Felisardo para ir á Nápoles á unos negocios, y se partió de Sicilia. ¿Dije ya la ciudad? No importa, que aunque la novela se funde en honra, no

vendrá por esto á ménos aunque fuese conocida la persona; y yo gusto de que vuestra merced no oiga cosas que dude; que esto de novelas no es versos cultos, que es necesario solicitar su inteligencia con mucho estudio, y después de haberlo entendido, es lo mismo que se pudiera haber dicho con ménos y mejores palabras. En sabiendo Silvia que era partido este hombre, con tan fiera é indigna crueldad del amor que le habia tenido, de la honra que le habia costado, y de las joyas y regalos con que le habia servido, comenzó á derramar inmensa copia de lágrimas, y sin comer algunos dias, fué quitando á su hermosura el lustre y á su vida el término. Retirábase de noche con Alfreda, una fiel criada suya, y en un pequeño jardin que por unas rejas miraba al mar (no poca dicha en aquella ocasion, que sus ventanas tuviesen rejas), decia: «¡Oh cruel español, bárbaro como tu tierra! ¡Oh el más falso de los hombres, á quien no iguala la crueldad de Vireno, duque de Selaudia (que á la cuenta debia de ser esta dama leida en el Ariosto), ni todos los que olvidados de su nobleza y obligacion dejaron burladas mujeres principales é inocentes! ¿A dónde vas, y me dejas sin honra y sin tí, de quien ya solamente podia esperarla? Pues habiendo partido de mis ojos tan injustamente, no me queda de quien poder cobrarla, pues la prenda que me dejas, más me la quita, y sólo podré deberle mi muerte; pues

es imposible que deje de sentir tu crueldad y que su sentimiento me quite á mí la vida. ¿Quién pensara, Felisardo mio, que en la modestia y compostura de tu rostro, en la gentileza y gallardía de tu cuerpo cupiera tan duro corazon y alma tan fiera? ¿Tú eres español, enemigo? No es posible, pues dellos oigo decir y he leido que ninguna nacion del mundo ama tan dulcemente las mujeres, ni con mayor determinacion pierde por ellas la vida. Si se te ofreció alguna precisa fuerza para ausentarte, ¿por qué no me la diste por disculpa, y despidiéndote de mí, me mataras con ménos crueldad, aunque más presto? ¿Es posible, fiero español, que ayer estabas en mis brazos diciendo que por mí perderias mil vidas, y que hoy te vas con una sola que me has dado? ¡Ay de mí, que tú por ventura te estás riendo de mis lágrimas, afeando mis libertades é infamando mis atrevimientos, de que fueron causa, no mi liviandad, sinó tu gentileza, no mi libertad, sinó mi adversa fortuna! Que cierto será que estés ahora cantando á otra más dichosa que yo, pero tan cerca de ser tan desdichada, las locuras que me has visto hacer y las penas que me has hecho sufrir. Pues no se burle ahora de mí la que te cree y te escucha, que presto me ayudará á quejarme de tí, y sabiendo quién eres, me disculpará porque te quise, y me tendrá lástima porque te quiero.» Estas y muchas decia Silvia llorando, sin bastar los consuelos

de Alfreda á templar su furia, tan fundada en razon como en desdicha. En estos medios llegó Felisardo á Nápoles, ciudad que vuestra merced habrá oido encarecer por hermosura y riqueza, y donde viven más españoles que en el resto de Italia, desde que el Gran Capitan D. Gonzalo Fernandez de Córdoba echó della á los franceses, adquiriendo aquel famoso reino á la corona de Castilla; servicio que, con los demás suyos, no podrá olvidar el tiempo ni acabar el olvido, si bien un escritor moderno, más envidioso que elocuente y docto, presumió que podia su poca autoridad en un libro que escribió, llamado *Raguallos* (1) *del Parnaso*, escurecer el nombre que no le pudieron negar hasta las naciones bárbaras. Con la tristeza que en ella vivia Felisardo no merece encarecimiento, porque en las cosas tan conocidas no se han de gastar palabras. Allí se determinó de escribir al Virey de Sicilia la causa original de su ausencia. Recibió aquel magnánimo príncipe la carta, y leyéndola, quedó admirado; no sé si lo estará vuestra merced, pero en ella decia así:

«Al partirme de Sicilia no dije á vuestra »excelencia la causa, que no me dió lugar »la vergüenza, y ahora sabe Dios la que es»cribiendo tengo, pues con estar solo, me

(1) *Ragguàglio*: nueva, aviso. Alude á la obra de Traj. Boccalini, impresa en Venecia hácia 1613 — Véase el soneto sexto de la pág. 391.

»salen tantas colores al rostro como á los ojos »lágrimas. Estando en servicio de vuestra »excelencia, bien descuidado de tan gran »desdicha, me escribieron mis padres di»ciéndome que en el nuevo bando del rey »don Felipe III acerca de los moriscos ha»bian sido comprehendidos; cosa que á mi »noticia jamás habia llegado, ántes bien me »tenia por caballero hijodalgo, y en esta »fé y confianza me trataba igualmente con »los que lo eran, porque mis padres eran »de los antiguos de la conquista de Grana»da por los Reyes Católicos, y si no me en»gañan, dicen que Abencerrajes, linaje que »trae consigo la desdicha y los merecimien»tos. Parecióme dejar su casa de vuestra »excelencia, con harto dolor mio, porque le »amo naturalmente, que no es justo que un »hombre á quien pueden decir esta nota de »infamia siempre que se ofrezca ocasion, »viva en ella, ni mi tristeza y vergüenza »me dieran lugar, aunque yo me esforzara, »por no estar con este recelo cada dia, y »más donde he tenido buena opinion. Vues»tra excelencia me perdone; que ni acierto »á escribir, ni pienso que hasta llegar ésta á »sus manos podrá durar mi vida.»

Notable fué el sentimiento de aquel gran señor con esta carta, y tal, que se le conoció en su tristeza por muchos dias, al fin de los cuales le respondió así:

«Felisardo: Vos me habeis servido tan »bien y procedido tan honradamente en to-

»das vuestras acciones, que me siento obli»gado á quereros y estimaros mucho; en el »nacer no merecen ni desmerecen los hom»bres, que no está en su mano; en las cos»tumbres sí, que ser buenas ó malas corre »por su cuenta. Hacedme gusto de volver »á Sicilia, que os doy palabra, por vida de »mis hijos, de hacer de vos mayor estima»cion que hasta aquí, y tomar en mi honra »cualquiera cosa que sucediere contra la »vuestra; y no sé yo por qué habeis de es»tar corrido, siendo como sois caballero, »pues no lo está el príncipe de Fez en Mi»lan, sirviendo á su majestad con un hábito »de Santiago á los pechos, y tan honrado »del rey Felipe II y de la señora infanta »que gobierna á Flandes, que él le quitaba »el sombrero y ella le hacia reverencia; »porque la diferencia de las leyes no ofende »la nobleza de la sangre, y más en los que »ya tienen la verdadera, que es la nuestra, »como vos la teneis, y confirmada por tan»tos años. Volved, pues, Felisardo, que en »ninguna podeis estar más defendido que en »mi compañía, donde os haré capitan y pro»curaré casaros de mi mano, sin apartaros »de mí, lo que tuviere oficios de su majestad »y vida.»

Recibió Felisardo esta carta, toda escrita de su mano deste generoso príncipe, accion tan digna de su ilustrísima sangre; y llorando infinitas lágrimas con ella, besando mil veces la firma, se dispuso á responderle así:

«Generoso y magnánimo Príncipe: Cuan»do me partí de vuestra excelencia, fuí con »desesperado ánimo de hacer alguna demos»tracion de mi valor. Yo estimo y agradez»co, como es justo, tanta merced y favor, »y la escribo con sangre en mi alma para »algun dia. Yo voy á Constantinopla, don»de ya estarán mis padres, que, como hom»bres nobles, escogieron la córte de aquel »imperio, no queriendo quedarse en las cos»tas de España por no acordarse. Desde allí »sabrá vuestra excelencia qué intento llevo, »que pienso que será para hacer un gran »servicio á Dios, al Rey y á mi patria. Des»de que entré en Palermo, serví, quise y »merecí á la señora Silvia Menandra; cosa »que jamás comuniqué á ninguno. Creo »que le queda en el pecho alguna desdicha»da prenda. Suplico á vuestra excelencia »que fie esa carta de quien se la pueda dar »sin que aventure su honor, y favorezca lo »que naciere, haciendo cuenta que le expo»ne la fortuna á los piés de su grandeza.»

Con esto se embarcó Felisardo, atrevido y desatinado mancebo, cuya accion yo no puedo alabar, pues en casa de tan generoso príncipe pudiera estar seguro cuando viniera á España, que en Italia no lo habia menester, aunque fuese en los reinos de su majestad, pues sólo pretendió echarlos de aquella parte con que presumieron levantarse, como se vé en las cartas y persuasiones del ilustrísimo patriarca de Antioquía,

arzobispo de Valencia, D. Juan de Ribera, de santa y agradable memoria. Dentro de nuestra Europa, á solos cuatro estadios del Asia, tanto que habiéndose helado aquel mar, por una puente de hielo y nieve que cayó encima se pasaba del Asia á Europa; yace Constantinopla, primera silla del romano Imperio, después del griego y ahora turco, que por la inmensidad de tierra que posee le llaman grande; destruyóla el emperador Severo, reedificóla Constantino y ilustróla Teodosio. Tuvo cincuenta millas de muro, que Anastasio fabricó; por defenderla de los bárbaros hoy diez y ocho, que son seis leguas; sus vecinos son setecientos mil, las tres partes turcos, las dos cristianos y el resto indios. Tomóla Mahometo II el año de 1453, y desde entónces es córte de sus emperadores, que comunmente llaman el Gran Señor. Está puesta en triángulo; en el un extremo está el palacio real, que mira al Levante al encuentro de Calcedonia, parte del Asia; el otro ángulo mira al Mediodía y Poniente, donde están las siete torres, que sirven de fortalezas y de cárcel mayor de la ciudad; desde éste se vá al tercero por la parte de tierra, dispuesto á Tramontana, y donde está el palacio antiguo de Constantino en sitio eminente, y de quien se descubre toda, si bien inhabitable; desde el cual al que tiene el turco todo es puerto de una legua de mar; que entra por espacio de dos de largo, y de ancho poco más de un

tercio, habitado de varia gente, y de todos los vientos defendido. Por la parte de las siete torres baña el mar las murallas, dejando el sitio donde antiguamente fué la ciudad de Bizancio, de cuya grandeza sólo se ven ahora las ruinas. Tiene insignes mezquitas, fábricas de sultan Mahameth, Baysith y Selim, aunque ninguna igual con la que hizo Soliman, y se llama de su nombre, deseando aventajarse al gran templo de Santa Sofía, célebre edificio de Constantino el Grande. Conserva en ella el tiempo, á pesar de los bárbaros, algunas columnas de grandeza inmensa, mayormente la deste príncipe, labrada toda de historia de sus hechos. Tiene asimismo cuatro fuertes serrallos para las riquezas y mercaderías de propios y extranjeras; una calle mayor famosa, hasta la puerta de Andrinópoli, con la plaza en que se venden los cautivos cristianos, como en España los mercados de las bestias, y con mayor miseria. Sus puertas son treinta y una, al Levante, Poniente y Tramontana, con guardas de genízaros; las casas bajas, cuyos techos, de madera labrada, cubren ricas labores de oro. No usan tapicerías, porque su grandeza y aparato es vestir el suelo que cubren riquísimas alfombras; son las barcas que de ordinario pasan la gente de una parte á otra, que en su lenguaje llaman caiques ó permes, más de doce mil que es una cosa notable. Su sitio es tan frío, que desde Diciembre hasta fin de